

Gonzalo Picón Febres

(En la colocación de su retrato en la sede de la Asociación de Escritores Venezolanos, el 20 de marzo de 1949.)

Hace treinta años largos que murió en la vecina antilla de Curazao a los 58 años de edad el personaje cuyo retrato justicieramente acaba de ser colocado en este centro de la intelectualidad venezolana.

Don Eduardo Picón Lares escribió un emocionado al par que objetivo relato de los últimos días y muerte de su querido padre Don Gonzalo Picón Febres. Dicha muerte ocurrió el 6 de junio de 1918. En el último párrafo de aquel escrito, hallamos en apretada síntesis un testimonio de lo que fué en su aspecto público y cultural la vida del escritor que hoy honramos: "Mi padre murió pobre, —nos dice—, muy pobre de dinero...; pero eminentemente rico de dignidad, de honradez, de patriotismo, de sentimientos delicados, de libros que están por publicarse... y de profundos decepciones. Su vida fué constante consagración a la labor que en la historia y en las letras sostiene y perpetúa la tradición y el prestigio de la Patria, y por ese ideal trabajó con entusiasmo, desprendimiento, actividad y cariño. Sirvan los libros que escribo, a acreditar la sinceridad de mis palabras. La posteridad le hará justicia" (1).

A contribuir precisamente a esa labor de justicia, viene el acto que ahora nos reúne. Y es que, en efecto, en Gonzalo Picón Febres tiene nuestra literatura uno de los ejemplos más edificantes y meritorios de consagración al trabajo. Tanto por su extensión, como por su variedad y calidad, la obra de P. F. no puede en manera alguna relegarse al mero montón del inventario histórico de nuestra cultura.

Es ya hora de que todos nos aprestemos a meter una mano generosa a la labor revisionista de nuestro pasado cultural. Lo que asidua y variadamente se ha venido haciendo durante los últimos veinte años con los éximos escritores de esa nuestra parcial edad de oro: Bello, Romos, Toro, Baralt, González, Acosta..., eso debe extenderse a las notables figuras que heredaron aquella tradición, y la supieron conservar y aun abrillantar con sus propias y excelentes producciones. Existe actualmente un hiato profundo en el estudio y revisión de nuestro proceso cultural. Porque después de haber pagado la deuda que teníamos con aquellos grandes escritores antes nombrados, que llamamos clásicos, ha habido un salto casi brusco, pero también casi uniforme, hasta el arranque de nuestro movimiento modernista, o simplemente moderno. Y se nos ha quedado entremedio casi un tercio, —el final—, del siglo XIX, sin analizar ni divulgar aún, debidamente, sus valores. Ese período se ha considerado por más de uno de nuestro críticos como el más uniformemente brillante y equilibrado de las letras nacionales, en el que sólo con el nombre de los Calcaños hay para llenar luengas páginas. Tramo sustancial de nuestra historia cultural, que no sin razón ha merecido el título de "segundo humanismo de la República", según escribe M. Picón Salas.

Los escritores de ese período prolongan sus actividades hasta entrado el presente siglo. Y cruzan sus firmas con las de los escritores de siguientes promocio-

nes, en las páginas de publicación tan impercedera como "El Cojo Ilustrado".

Imposible sería enfocar ni analizar ahora, en pocas páginas, toda la variada y extensa producción de Picón Febres. Con solos los volúmenes impresos tanto en vida del autor, como en años posteriores a su muerte, habría para un trabajo denso y estimulante.

Como casi todo buen prosista, disciplinó y adiestró antes su pluma en ensayos juveniles en verso. Aunque sin dejar luego, en sus años maduros, de componer atildadas y sonoras estrofas. Aún predominaba por entonces, tanto en la práctica como en la crítica, el criterio de la importancia casi primordial de la forma, en la obra poética. Por eso gustó entonces, no poco, a lectores y críticos, el contenido extraordinariamente acabado en cuanto a la forma, de los volúmenes "Caléndules" (1893) y "Clavetes encarnados y amarillos" (1895). Si aquella actitud poética podía en ocasiones restar predominio al sentimiento en la poesía lírica, en cambio daba lugar en la poesía descriptiva a la composición de atildadas joyas métricas. Ejemplo magnífico nos dejó Picón Febres en su conocido y tantas veces reimpreso soneto "El café". Pero aun dentro del género lírico no puede pasarse en silencio la que juzgamos excelente obra, y la mejor de las suyas en verso—, el poema amoroso-elegíaco, en diez cantos, titulado "Ideal", (y que permanecería mérito hasta 1926). En él a una forma exquisita se junta un sentimiento profundo, sin tonos exagerados ni machacones al estilo del bajo romanticismo llorón. No exageramos al decir que "Ideal" es uno de los mejores ejemplos de poesía elegíaca de nuestra literatura, aunque poco conocido. (2)

De esa época de sus producciones poéticas, y ya logrado un nombre de importancia en las letras nacionales con la publicación de varios trabajos en prosa, es un boceto de retrato físico y moral de Picón Febres que en 1897 publicó un entusiasta crítico. Véanse sus palabras. Gonzalo Picón Febres "cuenta treinta y siete años de edad, y es de estatura regular, delgado sin ser enjuto, cabeza grande, el cabello, negro ensortijado, le forma al peinarse dos hileras de anillos en medio de las cuales se distingue la carrera y caen hacia atrás como dos globos de crespos apretados, la frente, ancha despejada, ojos muy vivos, un si es no es negro, muy abiertos y no pequeños, de

ancha mirada y penetrante como de linco, y parece que se le saltan cuando algo le impresiona, la nariz perfilada a medias y no alta, los labios delgados, boca regular; los mostachos, escasos, pero muy educados y del color de su cabello. Es de trato franco y cariñoso, de conversación amena, salpicada de terminos duros y sangrientos si se irrita, o de dichos picantes y salados si está de buen humor. Viste con gusto y mucho aseo, anda por la calle con porte elegante y simpático y con el baston en balanza, y riése a carcajada tendida" (3)

Espíritu estudioso, lector asiduo, en particular de obras españolas, y sobre todo temperamento intelectual expansivo, como se retrata en cada una de sus páginas, no pudo menos de buscar aquella expansión en toda clase de escritos. Y así se adentró por el campo de la novela. Y en los años 1893, 94 y 95 da al público las novelas "Fidelia", "Ya es hora" y "Nieve y Lodo". (1) Pero tras de estos tanteos logra su positivo acierto en el género, en 1899, con la obra típicamente criollista "El Sargento Felipe", la cual desde su aparición vino a constituirse en necesario eslabón en la continuidad de la labor criollista realizada nueve años antes por Romero García, e iniciada todavía más antes, en 1882, con la obra aún no justamente valorada de Eduardo Blanco "Zárate". En "El Sargento Felipe" dejó Picón Febres no sólo una de las buenas novelas nacionales, sino que por cillo mismo conquistó el puesto de honor que no le habían aún alcanzado, en ese género, sus otras producciones.

Por afición, temperamento y aptitud, donde Picón Febres se movió como en terreno propio, según nos lo refiere la tradición, fué en la oratoria. Y bien podría decirse al leer ahora sus obras que cuantas veces se ponía a escribir, instintivamente el corte de su frase, su entonación, y hasta su vivacidad y tendencia polémica probatoria, revelaban al orador de fácil lenguaje aglomerado, de ampulosos desarrollos entusiastas, y de exhaustivas consideraciones que saturan de ideas al lector.

Y esto es sin duda, algo de lo que con más relieve se observa en una parte. — quizás la más extensa— de la obra escrita de Picón Febres: sus trabajos de crítica literaria "Páginas sueltas" (1889) "Revaltillo" (1890), "Notas y Opiniones" (1898) y la colección póstuma de "Apuñtaciones Críticas" (pub. 1939), son volú-

menes que nos ofrecen una buena porción de aquella extensa y afanosa labor de crítica literaria. Pero en la imposibilidad de analizar aun siquiera someramente, en esta ocasión, tan abundosas páginas, nos es sin embargo indispensable detenernos en la más característica suya en este género de la crítica literaria. Ya es proverbial en las letras venezolanas, por espontánea reacción, identificar el nombre de Gonzalo Picón Febres con el de su obra de mayor esfuerzo y generosidad literaria. "La Literatura Venezolana en el siglo XIX". Título y autor son en este caso, antes inseparables en la mentalidad de todo venezolano aficionado a las letras patrias. Es caso paralelo al que ocurre con "Perfiles Venezolanos" y Felipe Tejera.

Bien conozco lo dificultoso que sería ofrecer en pocos párrafos el encuadre preciso, y el enfoque exacto del contenido de ese libro, al que siempre habrá que reconocérsele una importancia positiva entre los nuestros de su género. Mario Briceño-Iragorri atinadamente ha llamado a esa obra la "interesante y discutida "Literatura Venezolana del siglo XIX", que valdría por sí sola para tener siempre vivo" el recuerdo de su autor (5) En tanto que con breves rasgos la califica así M. Picón Salas. "galería de retratos, discursos sobre la evolución de los géneros y apasionada crítica de nuestras letras" (6). Y nuestro apreciado Presidente de la A.E.V., Dr R. Angarita Arvelo, en artículo de hace pocos meses escribía esta referencia: "No se perdona a un escritor como Gonzalo Picón Febres que en su "Literatura Venezolana en el siglo XIX" escriba al azar de su sensibilidad y no con justicia de crítico". (7)

Mas, por el contrario, se ha hecho casi tópico insustituible, al hablarse de esa obra, la cita de escritor tan rasgado y personal como R. Blanco Fombona, que dice "Justa o injusta, buena o mediocre, su importancia es incuestionable. Defectos tiene, cómo nó. El principal es la carencia de plan, o la deficiencia del escogido, las entradadas y salidas del autor de una época en otra, y las digresiones interminables, a propósito de cualquier cosa". Y luego de decirnos que las opiniones de Picón Febres más que juicios críticos son juicios líricos, concluye así "Una cosa resplandece en la obra de Picón Febres: la carencia total de envidia". (8)

El mero hecho de que se preste a tan disímiles y aun contradictorios juicios, nos está diciendo bien claro que ese libro posee un valor intrínseco innegable. Concluida y publicada "La Lit. Venez. en el siglo XIX" el año 1906, abarca con mirada amplia y generosa todo el panorama literario venezolano de más de un siglo, pues se toma el agua desde los mismos orígenes coloniales, especialmente con el final del siglo XVIII. El intento del autor no podía ser demás briosa e innegable conveniencia. Pero luego de trazarse el plan para el desarrollo, tal vez las líneas directrices de trabajo relativamente complejo no quedaron definitivamente precisadas. Y esto debido, quizás, a la actitud de amplia acogida y específica atención que Picón Febres quiso dar a todo lo que representara algún valor literario. Y así su obra vino a resultar no de síntesis ordenada y precisa, sino de compilación abundosa. Los comentarios y reflexiones de erudición, entusiastas o combativos, le roban al autor el margen necesario para poder destacar lo más importante, que es la labor de crítica, y para ofrecer con nitidez y concisión, — sin actuales comentarios—, el resultado por él obtenido en el estudio y análisis de las diversas obras. Por no llegarse a esta concisión crítica, muchas páginas le resultaron un tanto recargadas; y cuando el lector busca en ellas una consulta concreta y precisa, se encuentra con el caudal incesante de palabras e ideas que Picón Febres deja correr con facilidad y soltura inimitables. Entonces recuerda uno al orador que desarrolla y amplifica sin escatimar frases, y que con criterio personal juzga y habla a su gusto. No que su estilo sea precisamente oratorio, —aunque a veces le cueste dominar esa tendencia—, pero sí que el entusiasmo o el desagrado ante el asunto que trata le hace olvidarse de que está escribiendo las páginas de un libro que va a llamarse "ensayo de Historia Crítica".

Algo semejante, —aunque en obra de muy diferente índole—, le ocurrió al autor en su sabroso y erudito "Libro raro". Se lee con agrado, y ofrece datos preciosos y pesados a conciencia. Pero se le ha achacado que no siempre guarda el rigor crítico que su contenido pareciera exigir. En vez de atenerse a la explicación documentada de las diversas voces de uso frecuente y típico en nuestra habla nacional, siempre que le viene a gusto se extiende en charlas anecdóticas y amenas, con ocasión de tal o cual

palabra. Y así, en la página 110, a propósito de la palabra "chivato", nos brinda un relato vivo y dialogado que abarca 22 páginas. Y de igual manera en las páginas 177 y 222, entre las voces "guachafita" y "machele", llena 17 y 15 páginas respectivamente de anecdótico interesante en sí, pero todo ello un poco al margen propiamente de la lexicología. Pero tal procedimiento lo dejó expresamente explicado el mismo Picón Febres, no sólo al llamar "raro" a su libro, sino al decirnos en el prólogo que lo ha hecho así porque "el pensamiento es libre como el ave que va ebria de sol por todas partes, y cada quien hace de su querer lo que mejor le viene al gusto". (9).

Pero hombre empedernidamente estudioso como era, si hubiera sobrevivido hasta tiempos más modernos, y bajo la serenidad de su vida madura, habría sin duda hecho una revisión de su laboriosa "Literatura Venezolana en el siglo XIX", y podando y retocando páginas, o modificando opiniones, nos hubiera hecho disfrutar permanentemente de una obra de consulta insustituible. Con la honradez y sinceridad que siempre demostró, habría entre otras cosas rehecho completamente, o escrito de nuevo pongamos por ejemplo, aquel Cap. III sobre la machacona tesis, antaño temida por dogma,

del supuesto absoluto atraso cultural en nuestra colonia. La laboriosa investigación crítica de modernos historiadores ha derramado torrentes de claridad sobre ese tema, y ha dejado ya en completa derrota, —a pesar de esporádicas actitudes recalcitrantes—, aquella indocumentada e insostenible tesis de años pretéritos.

De este recorrido, que necesariamente ha tenido que ser rápido e incompleto, de la labor literaria de Gonzalo Picón Febres, podemos sin embargo espigar esta simple impresión legítima y justificada: la de que fué un trabajador decidido y tesonero de nuestras letras. Sus numerosas obras, que lograron no pocas veces salvar con elogio los hielos patrios, encierran páginas que la depuración del tiempo ha respetado y conservado definitivamente para nuestro patrimonio cultural. Con méritos no inferiores a los de los buenos representantes de las letras de su época, su figura estaba reclamando el homenaje de reconocimiento que hoy le tributamos. Aunque imperfectas e incompletas mis palabras han pretendido contribuir a dicho homenaje, y corresponder así a la amable invitación de mis colegas de Asociación.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

- (1) Cfr. *Obras Completas de Gonzalo Picón Febres Postumas*. Editorial Artes Gráficas, Caracas, 1939. Tomo I, p. XVI.
- (2) Se publicó en la Revista "Cultura Venezolana", junio de 1922.
- (3) Cfr. Maldonado, h, Gerónimo. "Al esfumino" (5 partes), Caracas, Tipografía "El Progreso", 1897, pp. 17-18.
- (4) En el libro "Formación y Proceso de la Literatura Venezolana" de M. Picón Salas, se lee en los pp. 156-157 (2a edic., 1945), que "Niobe y Lodo" fué la última de las novelas de Picón Febres, en orden cronológico. Esta afirmación es falsa, pues, prescindiendo de sus novelas *postumas*,

- escritas casi todas en los primeros años del presente siglo, aun "El Sargento Felipe" publicada en 1899 es posterior a "Niobe y Lodo" que se publicó en 1895.
- (5) Bruceño-Tragonny, Mario. "Lecturas Venezolanas" (1a edición), Editorial Las Novidades, Caracas, 1945, p. 37.
- (6) Ob. cit. p. 157.
- (7) Cfr. diario "El Universal", Caracas, martes 2 de noviembre, 1948, p. 4.
- (8) Blanco-Fombona, Rufina, "Letras y Letrados de Hispanoamérica", París, 1908, pp. 87-90.
- (9) Picón Febres, Gonzalo, "Libro Raro", 2a. edición, Imp. Bethencourt, Curacao, 19112.

